

CELENE GARCÍA ÁVILA

El parto es la más fehaciente prueba de que las mujeres seguimos siendo hembras, en el sentido propiamente animal y biológico del término, pese al intelecto y la sofisticación de la cultura. Probablemente estoy ahora en el hospital, icuán cerca de la tierra, pariendo! Pienso en mi perra que rasca las raíces del mirto y pare trece cachorros, luego sacrificará diez por razones que nadie en casa comprende. Pregunto cuál es la lógica de los avances tecnológicos que permiten a mujeres posmenopáusicas concebir: "¡Madre-abuela de 55 años engendra gemelos!" Siento los pies de mi hija (porque dicen los médicos que es niña) golpeándome las costillas; obediente a las leyes de la creación, ella está cabeza abajo y se abre camino entre el agua, los músculos, la sangre. Me alegro, entonces, de estar tan cerca de la tierra, pariendo.

Escribir implica leer; ambos actos se basan en la libertad. No concibo la escritura sometida a la coerción. Lo más atractivo de la escritura consiste en que tanto el escritor como el lector son totalmente libres de elegir. No me gustan las concepciones esencialistas de la literatura, pues todas son excluyentes: la literatura no es sólo la "esencia" ni lo "sublime", ni la "belleza", ni la "excepción lingüística". Escribir es un acto vital; todo escritor recompone la experiencia de vivir desde muy diferentes perspectivas. El "mundo" debe atravesar primero al escritor para que éste conciba su obra. Hay quienes se enfocan obsesivamente a sí mismos, son autobiográficos, quizá reiterativos (Luis Cernuda, Sylvia Plath, Reinaldo Arenas, Yukio Mishima en sus novelas autobiográficas); otros parecen eludirse, voltean sus espejos hacia el exterior, como si sólo existieran las voces de los otros (Juan Rulfo, Guy de Maupassant, Virginia Woolf); algunos se camuflan (Kafka, Cervantes, Garro). Por supuesto que no se trata de estancos con fronteras rígidas, sino de tendencias y grados de manifestarse del escritor en su propia obra o, dicho con la otra cara de la moneda, grados de percibir y manifestar la realidad del exterior.

De parte del escritor, la tarea es una labor individual, cuyas únicas justificaciones son el placer o la necesidad de escribir. Me gustan los extremos: el escritor compulsivo y el conteni-

do. El primero, casi maniático, desarrolla, a la par de su obra creativa, un extenso cúmulo de parafernalia (cartas, diarios, memorias, notas, libros de viaje, apuntes, listas de palabras y gastos cotidianos); algunos ejemplos: Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges, André Gide, Sylvia Plath, Virginia Woolf. El segundo aspira a la perfección indiscutible de su obra, escribe poco y sólo publica lo que sabe a excepción (no quiere decir que tenga fobia a las epístolas o a los diarios, pero su obsesión no es la escritura misma, sino La Obra); Juan Rulfo y José Gorostiza; Arthur Rimbaud y Lautréamont.

La escritura exige disciplina, voluntad y raciocinio. Sorprenden las biografías de los escritores que han pasado a la historia entre la carestía, la enfermedad, las adicciones, el sacrificio, el rechazo o la tenacidad; pocos son los que se han hallado completamente a gusto con su época. Pero no ha de negarse que escribir es, por otra parte, un deseo impetuoso, difícil de describir objetivamente; sólo puede recurrirse al lenguaje figurado para tratar de explicar que el momento preciso de la escritura se parece al ansia de comer un pedazo de barro, o al impulso del río sobre su propio cauce; va implícita la idea de desenvolvimiento o flujo. Aquí se tocan las dimensiones de lo irracional: lo sagrado, el azar, la coincidencia, lo misterioso, lo intangible, lo espiritual. Todo buen escritor sabe distinguir en su obra el mero ejercicio que obedece a la disciplina del texto en el que se conjuntan las esferas intangibles con su ser individual y su disposición a la escritura. Creo en los escritores que se esfuerzan por alcanzar el justo medio entre la disciplina y la famosa inspiración.

El lector obliga a precisar los factores sociales que intervienen en la conformación de la literatura. Todo trabajo que trasciende el escritorio personal está destinado al público, pues lo que más desea el escritor es el reconocimiento social, que sólo se logra por medio de la lectura efectiva de su obra. ¿Qué otra prueba se necesita de que la literatura es una actividad social si ahora mismo hay toda una infraestructura que permite un encuentro de escritoras en la UAEM? Los nuevos escritores recurren a las instancias ya existentes para darse a conocer; en nuestro medio, hay que acercarse a los editores, instituciones culturales (los mecenas modernos que otorgan reconocimientos y becas), escritores de renombre, escuelas, talleres y padrinos. La "socialización" de un escritor no es fácil y depende de muchos factores; anteriormente, Lope de Vega, Góngora y Cervantes luchaban por obtener los favores de la corte; hoy las cosas siguen siendo, en el fondo, las mismas, aunque los mecanismos hayan cambiado. La transformación de los cánones estéticos también atañe a las convenciones sociales; de modo que la poesía de Campoamor no ganaría en la actualidad ningún concurso literario, porque los lectores especializados y los críticos no la aceptarían dentro de los ideales de heterogeneidad, ruptura e interdisciplina que hoy nos rigen. Por lo expresado hasta aquí, rechazo las nociones esencialistas de la literatura, que son excluyentes y se olvidan de la complejidad del tan traído y llevado "fenómeno literario".

Para concluir, sólo me resta agregar unos datos personales. He publicado poesía desde 1990, no me he preocupado demasiado por "socializarme" y por ello me sorprende que quienes aquí han tenido noticia de mi trabajo a lo largo de una década me tomen en cuenta

para encuentros como éste, lecturas y publicaciones. No frecuento los círculos literarios ni me gustan las veladas bohemias, no asisto a talleres literarios ni he visitado a eminentes editores, no colecciono autógrafos ni suelo "pegarme" a los escritores prominentes. He sido profesora universitaria, de esas que llaman "por asignatura", desde 1992, asistí tres años a los cursos del doctorado en literatura hispánica de El Colegio de México; obviamente, esto no me convirtió en mejor poeta, pero me obligó a tomar mayor conciencia del rigor que existe detrás de la literatura. Estoy totalmente en desacuerdo con los escritores que rechazan al académico que escribe, como si "el académico" no distinguiera la labor analítica y docente de la creativa, o como si las llevara a cabo al mismo tiempo. Acepto que decirse poeta es una atrevimiento y sé la modestia de mi empresa frente a siglos y siglos de tradición literaria. Acaso todo esto no es más que una ilusión, y lo que verdaderamente cuenta es que ahora estoy muy cerca de la tierra, pariendo.

Vaivenes: Leda y el abismo (epistolario lírico)*

QUERIDA VIRGINIA:

El otro día te vi mientras vagabundeabas en la ribera, oías los trinos como si las infinitas aves habitaran tus ojos. Pensé entonces en aquel otro día, cuando saliste con la caña de pescar al hombro; fusil con sonrisa misteriosa. Vertical e implacable, la caña de pescar sobre el fango, a la orilla del río Ouse. ¡Ay, Virginia! Yo que conocí el frío y la luz de Inglaterra, no dejo de estremecerme cuando pienso en la caña de pescar, solitaria y enhiesta sobre el lodo, pluma y tintero, falo guardián, testigo único de tu muerte. ¿Y tu hombre bueno?

¿Qué voces te atormentaban? Casi las adivino: cadena chirriante una frase tras otra, incontrolable; a veces, el hermano muerto —esa pesadilla—, fotografías en desorden: rojo de crímenes inconfesables, rituales salvajes, vida anterior —hasta las piedras hablan—; agua, avalanchas y peces y brazos que descuellan indefensos. Agua eterna; tus piedras en el suéter.

Quiero sentirte hundida en el río. ¡Qué ambigüedad en tu rostro! La sonrisa plácida, el seño fruncido, tenso el cuello. Unos segundos negros, abres la boca, estiras los brazos, pataleas suavemente; la ropa es una criatura pesada que te oprime, la aleta de un tiburón o el cuerpo enorme de una mantarraya. Virginia desciende entre la turbulencia. En el agua, primera sensación de pánico; ahora, abiertas también las puertas de la muerte, su largo cuerpo traza un camino azaroso entre el follaje del agua.

* Este libro, de próxima publicación, es una colección de cartas imaginarias en prosa poética que "se envían" Sylvia Plath, Virginia Woolf y Marina Tsvetaeva, y se ha realizado gracias al apoyo del Fondo para la Cultura y las Artes del Estado de México.

¿A dónde ibas con esa prisa? ¿Qué afán —dime, dime— por maltratar el cuerpo? No puedo más: ¡esta piel me duele tanto cuando pienso en ti, maltrecha y a la deriva dos semanas después! No lo querías así, nunca pensaste que las mariposas volverían a extender sus opulentas alas frente ti. No, no y no. Debiste quedar en el fondo y desbaratarte poco a poco como las algas. Lo digo porque sé cuánto pesa el aire sobre los hombros.

SYLVA

SYLVA QUERIDA:

Tu no viste la guerra. Londres en ruina bajo la furia nazi. Yo recorrí las calles en bicicleta, entre escombros y amenazas, tuve en mis manos las mascarillas antigases y el miedo y las cápsulas de morfina.

El horror-dolor-color-olor de la guerra penetraba como viento de tormenta entre los árboles. ¿Para qué esperar más tragedias? La *Hogart Press* sucumbió, nos fuimos a *Monk's House* con los restos que dejó el bombardeo. Ya sabes lo siguiente. La inmersión paulatina en el fango donde presentía los antiguos rumores de voces pegajosas. No quise que se desplomara mi propia hecatombe otra vez sobre la gente que amé. Por eso salí a mi último paseo: para pescar la esperanza, para atrapar en el aliento la sonrisa apacible de la muerte.

Recibe un abrazo de
VIRGINIA

QUERIDA VIRGINIA:

No tengo ganas de leer; mi mente está en punto muerto, gris; los ojos salen de sus órbitas. Hosca como una perra recién parida, enseño los dientes y frunzo amenazante los belfos. Soy una bestia sola, a la defensiva, en medio de una noche viscosa. No permito que me toque el macho ni con su mirada estúpida cuando viene a husmear a los cachorros. Sola, violenta, sangrante. Quisiera ser una sombra, ni hombre ni mujer, sólo una sombra.

No duermo; la noche se convierte en un manto doloroso. Me cubre y me duele. Flor negra con espinas, mi noche. Intento conciliar el sueño en mi sepulcro; unas ráfagas filosas me cortan la piel de las piernas; una máquina tritura mi pecho. ¿Cuántas noches más? ¿Cuántas madrugadas más con los párpados hinchados y mi aliento de cristales, agudas puntas del pecho a la garganta?

Muéstrame la belleza de tus palabras, Virginia, lánzame con ellas fuera del caos.

SYLVA

SYLVIA QUERIDA:

Puedo escribir las cartas más triviales; no esperes encontrar aquí "la belleza de mis palabras". Algunas veces, sí, los días nos envuelven con una carga gris que nos asfixia; otros, somos seres predilectos y los paisajes brillan para deleite de nuestros ojos. Si no quieres leer, no leas, mi Perra Furiosa. Me encanta la bestialidad que se apodera de ti, de tus palabras.

¿Escuchas las sombras? Bello verso el tuyo de la sombra: ni hombre ni mujer. Pero yo aprecio mejor el espíritu femenino que el masculino (amé profundamente a algunas mujeres). Tú, en cambio, estás obnubilada por la presencia masculina. Has girado en torno de ellos obsesivamente; "gírar" quiere decir "luchar, amar, discutir".

Sombra: "espíritu flexible de las cosas", como Leonard, el bueno, el eterno.

Te saluda,
VIRGINIA

QUERIDA VIRGINIA:

Hoy me desperté sintiéndome como un perro vagabundo, y esto me recordó las muchas veces que amanecí fatigada y furiosa. El frío me quebranta; no puedo dormir; es el insomnio. Dime, ¿cómo son tus insomnios? Los míos, tortura, puente colgante que me introduce al laberinto. A cada paso, una pregunta y a ésta, mil respuestas o, peor, siempre la misma.

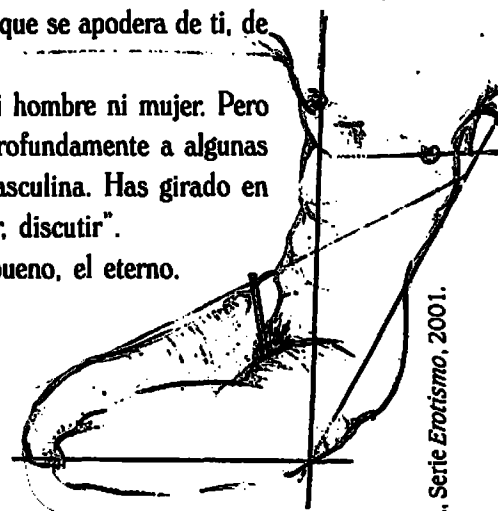
¿Qué hace esta gota brillante e inútil en el desierto? ¡Me cansé! Me cansé de ser un objeto desechable; de buscar la verdad y no encontrarla; de perseguir en vano la exactitud, esa ceniza. Todo dolor mata, caminas tres pasos y encuentras la roca; oradas la roca, pierdes dientes y uñas pero, en lugar del valle, encuentras la montaña; trepas la montaña porque crees que en la cima está el templo de la felicidad y la sabiduría, dejas aquí y allá unos pellejos, unos rastros de sangre. Nada. La cumbre es hielo solo y hostil.

Todo dolor mata; dolor es siempre pérdida; un mal poema, un libro fallido, la traición de un amante, un amor no correspondido, una nota mala en la escuela.

Me cansé de perseguir el arcoiris y no hallar nunca las monedas de oro. Somos un triste montón de nervios; sangre turbia reventando las sienas.

Admira tu fortaleza,

SYLVIA



PAULA ZAPATA, Serie Erotismo, 2001.